

# Las Tic: herramientas de ayuda o herramientas para hacer daño

**Autor:** Llanos Marques, Amalia (Maestro. Especialidad Audición y Lenguaje).

**Público:** Todo tipo de publico. **Materia:** Educación, sociología. **Idioma:** Español.

**Título:** Las Tic: herramientas de ayuda o herramientas para hacer daño.

## Resumen

El uso de las nuevas tecnologías entre los jóvenes ha crecido enormemente, en los últimos años, pues son una herramienta que les permite comunicarse y obtener información, pero el mal uso de estas puede convertirlas en herramientas para hacer daño y a través de ellas humillar a otras persona. En nuestra sociedad todo el mundo tiene acceso a ellas y según el uso que se le den a estas podemos estar hablando de un tipo de violencia llamado "cyberbullying o ciberacoso".

**Palabras clave:** nuevas tecnologías, jóvenes, violencia, bullying, ciberacoso.

**Title:** Tic: help tools or tools to do damage.

## Abstract

The use of new technologies among young people has grown enormously in recent years, as they are a tool that allows them to communicate and obtain information, but the misuse of these can turn them into tools to hurt and through them to humiliate others person. In our society everyone has access to them and according to the use they give them we can be talking about a type of violence called "cyberbullying or cyberbullying"

**Keywords:** New technologies, youth, violence, bullying, cyberbullying.

Recibido 2017-03-02; Aceptado 2017-03-07; Publicado 2017-04-25; Código PD: 082007

Amanda Tood fue victima de un ciberacosador que sirviéndose de una foto donde ella le mostraba los pechos , la amenaza con enseñarlo a todo su entorno. La amenaza se hace real cuando su foto es mandada vía internet a estudiantes de su colegio, profesores ,familia, etc. La chica recibió insultos de todo tipo y tanto fue su agonía que acabo por suicidarse a la edad de 15 años.

Se hace sumamente necesario identificar los hechos que conduce a esta menor a acabar con su vida .Lo primero importante es determinar como el ciberacosador se ponen en contacto por primera vez con la menor y de que manera consigue manipularla para que esta acabe enseñándole el pecho y el ciberacosador acabe haciéndole una foto. Probablemente el ciberacosador o es de su entorno mas cercano o bien es un pederasta .Lo segundo importante es ver como el ciberacosador es capaz de derivar esa foto a todo su entorno lo cual hace que sospechemos mas aun de que se trate de un verdadero crack de internet que se adentra en el entorno mas cercano de la menor para ponerse en contacto con su entorno ya sea familia o colegio .Por otra parte es necesario ver cuales son las medidas que el colegio de la menor ha puesto para la protección de dicha menor ante tal perversidad y si realmente hay una conciencia y educación a los estudiantes sobre este problema. Cabe también preguntarse si realmente se protegió correctamente a Amanda y que fue lo que a condujo al suicidio. Se trata de un claro ejemplo de cyberbullying.

Hoy en día las Tic se encuentran insertas en nuestra sociedad como una herramienta en la vida de las personas en general, lo que ha llevado a un cambio de vida de todas las personas no siendo por ello menos en la vida de nuestros adolescentes.

Podemos considerar a las TIC como elementos de la comunicación que conviven íntimamente en la sociedad moderna en general y en concreto con los adolescentes. En la sociedad moderna la etapa adolescente representa una de las mas importantes en la vida de las personas, siendo una etapa que presenta muchos cambios biológicos y psicologicos, lo que conlleva a una forma de comunicarse, relacionarse, divertirse, identificarse, de aprendizaje, entre otros aspectos. Dentro de este nuevo cambio, su forma de vida va adquiriendo nuevas dimensiones, siendo parte de ella y actualmente los medios tecnológicos (Luengo, 2011).

Hoy en día la aparición de nuevas herramientas aporta muchas ventajas y posibilidades, pero un mal uso de ellas puede conllevar a algunos peligros potenciales. Uno de estos peligros es la aparición de una nueva forma de acoso que se vale de medios electrónicos, denominada cyberbullying o ciberacoso.

El CB es un fenómeno que se ha potenciado mucho en los últimos años por varios factores (Flores, 2008): 1) alta disponibilidad de nuevas tecnologías (Internet, móvil...); 2) importancia progresiva del ciberespacio en la vida de las personas como espacio de socialización complementario al contexto del hogar, la escuela o la comunidad; 3) menor percepción del daño causado que en el bullying, ya que víctima y agresor no están en una situación “cara a cara”; 4) sensación de impunidad del acosador por el anonimato que posibilita y que conlleva que no se enfrente a las represalias de la víctima, de sus compañeros, amigos, padres, responsables escolares, etc.; 5) la ausencia de conciencia que tiene el acosador del daño que ejerce, ya que en ocasiones asocia su conducta a un rol, y atribuye la conducta a un personaje o rol interpretado en la Red; y, 6) las características propias de Internet que estimula el fácil agrupamiento de hostigadores y la cómoda reproducción y difusión de contenidos audiovisuales.

La propagación incrementada de esta nueva forma de acoso ha producido la necesidad de su estudio y ha potenciado la realización de numerosas investigaciones en los últimos años.

Sin duda la violencia a través de las TIC y, dentro de ella, el fenómeno del CB se ha provocado un problema relevante, compartido por los países desarrollados y que empieza a resurgir en los países en vías de desarrollo. No es fácil aportar una cifra concreta que refleje su grado de prevalencia en niños, niñas y adolescentes pero sí que podemos asegurar por estudios previos que el fenómeno va en aumento.

Los diferentes estudios realizados varían mucho en cuanto a la edad (10-18 años), a la técnica o instrumento de evaluación empleado, al tipo de conductas de CB estudiadas o al intervalo de tiempo considerado (algunos preguntan en qué medida se ha protagonizado este tipo de hechos desde que comenzó el curso, otros en el último año, otros en los últimos dos o tres meses, otros no establecen ninguna limitación temporal).

Hasta hace unos años el acoso escolar que se daba estaba enfocado a los centros educativos y el entorno de los mismos, pero hoy en día por medio de las TIC y en la sociedad en general, se han llegado a insertar como un medio de comunicación común en la vida de los jóvenes.

La adaptación escolar es el resultado de la buena adaptación al grupo de iguales. Es a través del grupo donde se desarrolla el proceso de socialización y la propia autoestima. Cuando las relaciones entre los estudiantes son positivas, constituyen la mejor experiencia escolar pero, desafortunadamente, algunos jóvenes no viven su relación con el entorno escolar de manera positiva. Estos sujetos suelen encontrarse aislados del grupo, rechazados y, en ocasiones, incluso agredidos directamente (Cerezo, 2009). El problema de las malas relaciones interpersonales es el que subyace en la violencia entre escolares o bullying (Olweus, 1993). El bullying se define como la conducta agresiva, intencional y mantenida en el tiempo, perpetrada por un individuo o grupo de ellos contra otro, al que consideran su víctima habitual.

Cuando se habla de violencia en el mundo escolar suele asociarse a manifestaciones físicas tales como destrozos, peleas, robos, etc. Sin embargo, cada vez se hace más patente que la violencia en un centro escolar abarca muchos más actos, mensajes o situaciones violentas. Tal es el caso del bullying, de difícil traducción al castellano o a cualquier lengua derivada del latín. Ortega, Del Rey y Mora (2001), en referencia a esto ubican en la palabra maltrato todas las situaciones que en el marco anglófono se denominan bullying, y la señalan como la más idónea, aunque también sabemos que pueden ser utilizados otros términos como victimización, intimidación, abuso, en función del tipo de agresión que aparezca: física, psicológica, social (exclusión) verbal o a la propiedad, y dentro de ésta si la agresión es directa o indirecta.

Hoy en día el término bullying se ha generalizado en nuestra sociedad entendiéndose el bullying como una forma de maltrato, intencionado, perjudicial y persistente de un estudiante, o grupo de estudiantes, hacia otro compañero, generalmente más débil, al que convierten en su víctima habitual. Los agresores están motivados por un abuso de poder, de intimidar y dominar (Olweus, 1993) al que puede sumarse el deseo de diversión (Farrington, 2011). Se trata de una conducta agresiva persistente, de manera que, cuando un alumno o grupo de alumnos ha establecido una relación de intimidación con otro, se genera una trama que refuerza su capacidad de suscitar miedo.

Haciendo una síntesis sobre el maltrato entre iguales, es posible decir que se trata de un fenómeno presente en todos aquellos contextos de relaciones interpersonales en los que están juntos, de forma más o menos obligatoria pero relativamente permanente, personas de igual estatus social que por las circunstancias se ven obligadas a compartir escenarios, trabajos, o simples actividades. Así pues, dado que los sujetos escolares asisten a instituciones educativas de

forma continua, están en tales condiciones, y pueden -y de hecho así sucede- verse involucrados en problemas de malos tratos.

Teniendo en cuenta los distintos estudios llevados a cabo sobre este tema y valorando la revisión de los estudios llevados a cabo en los últimos 10 años a nivel nacional e internacional, permite concluir que (Garaigordobil, Maite. Prevalencia y consecuencias del cyberbullying: una revisión. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*. 2011, 11, 2 pp. 233-254):

1. La evidencia de un alto porcentaje de estudiantes afectados por el CB o acoso cibernético, ya sea moderado (menos de una vez por semana) o severo (más de una vez por semana), y la agresión en el contenido de los mensajes revelados sugieren que el ciberespacio puede ser un mundo virtual amenazante e inquietante con pocas leyes o normas de comportamiento socialmente aceptable.

2. La prevalencia del CB varía significativamente en los diferentes países. Se han evidenciado porcentajes de victimización, tanto ocasional como sistemática, en Estados Unidos y Asia (55%), frente al resto de los países americanos (22%), Canadá (25%), Oceanía (25%), o Europa (30%).

3. En general, aproximadamente entre un 40% y un 55% de los escolares están implicados de algún modo (víctimas, agresores, observadores), entre un 20% y un 50% dicen haber sido víctimas aunque al parecer entre un 2% y un 7% lo han sido de forma severa, habiendo variaciones en función de los países, las edades de las muestras utilizadas, y el período de tiempo sobre el que se solicita información.

4. No existe en España hasta el momento un número de investigaciones suficientemente amplio sobre el CB. Sería necesario desarrollar más estudios que permitan aportar datos más precisos, tanto para identificar la gravedad del fenómeno y para identificar parámetros relevantes de cara a la prevención y la intervención.

5. El número de afectados de CB está creciendo, ya que los estudios más recientes encuentran porcentajes cada vez mayores de implicados. El CB es un fenómeno en crecimiento.

6. Utilizan con más frecuencia los mensajes de texto insultantes y amenazadores (a través de Internet o el móvil), así como la difusión de imágenes (vídeo o fotos).

7. Cuanto mayor es el nivel de uso de las TIC mayor es la probabilidad de ser víctima y también agresor.

8. Los resultados de los estudios que analizan las diferencias de género son contradictorios. Algunos confirman que hay más prevalencia en los chicos, como en el acoso tradicional, mientras que otros informan de una mayor prevalencia de acosadoras y víctimas entre las chicas. Más investigación sobre las diferencias de género es necesaria.

Por tanto podemos decir que el estudio de este fenómeno es objeto de investigación considerándose nueva forma de maltrato entre adolescentes se ha convertido en una prioridad en el ámbito social y educativo. Además, la inconsistencia de los resultados obtenidos por los diferentes estudios y la escasez de trabajos en nuestro país sugieren la necesidad de una más extensa investigación al respecto. La presente investigación pretende ampliar el conocimiento que se tiene sobre este fenómeno emergente.

Para poder analizar nuestro objeto de estudio será determinante conocer en primer lugar, los conceptos relacionados con el ciberacoso, tales como violencia escolar, bullying y las tecnologías de la Información y la comunicación. Además, se incluyen resultados, obtenidos en los estudios revisados, sobre la prevalencia del acoso escolar y el uso y acceso de los adolescentes a las TIC.

En segundo lugar, se define el fenómeno de cyberbullying y los tipos en los que puede catalogarse. A continuación, se exponen los resultados obtenidos en las diversas investigaciones revisadas, tanto nacionales como internacionales, sobre la prevalencia, las diferencias por sexo y edad, la duración, la intensidad, las reacciones de las víctimas y las consecuencias del ciberacoso.

Finalmente, se alude a los mecanismos y programas de prevención puestos en marcha referidos al cyberbullying, que adoptan los centros educativos.

## 1. VIOLENCIA Y ACOSO JUVENIL.

Para poder entender que se entiende por violencia juvenil, es necesario realizar una revisión de algunos términos relacionados con ella, como agresividad, conflicto y violencia.

Es muy importante tener en cuenta que agresividad y violencia son dos conceptos diferentes. Para Sanmartín (2007) la agresividad se define como “una conducta innata que se despliega automáticamente ante determinados estímulos y que, asimismo, cesa ante la presencia de inhibidores muy específicos. Es biología pura”. En cambio, la violencia la define como “agresividad alterada, principalmente, por la acción de factores socioculturales que le quitan el carácter automático y la vuelven una conducta intencional y dañina”. Sanmartín considera que el ser humano es agresivo por naturaleza, pero eso no conlleva que inevitablemente se comporte agresivamente, sino que será pacífico o violento en función de la cultura en la que se desarrolle. De esta forma, la violencia no se puede justificar a partir de la agresividad natural del ser humano, ya que son conceptos distintos que pueden diferenciarse a partir del concepto de conflicto (Ortega, 1998).

El conflicto aparece cuando existe una confluencia de intereses entre dos o más personas. En ocasiones, el conflicto puede ser afrontado con violencia cuando fracasan las herramientas mediadoras con las que hay que resolverlos. Aunque un cierto nivel de agresividad se activa cuando el ser humano se enfrenta a un conflicto, no significa que acabe desencadenado en violencia, ya que puede convertirse en una fuente de riqueza y de mejora al abarcar distintos puntos de vista (Ortega, 1998). En las situaciones conflictivas donde uno de los participantes no tiene interés en solucionar el problema sino que persiste en su interés por hacer daño al otro, es cuando se habla de violencia.

Por tanto, la violencia es aquella conducta intencionada con la que se causa daño, ya sea por acción u omisión (Serrano y Iborra, 2005). De esta forma, la violencia escolar puede definirse como la aparición de este tipo de conductas en el centro escolar o en actividades extraescolares, que son dirigidas hacia cualquier miembro de la comunidad educativa (Serrano y Iborra, 2005).

La indisciplina es un desacato a las normas de organización y funcionamiento del centro escolar, la disrupción es una acción contra el ritmo de la clase y el desinterés supone una escasa implicación del alumnado con las actividades escolares.

La violencia puede llevarse a cabo de diversas maneras, puede ejercerse a través de golpes u otras conductas físicas que hagan daño; por medio de influencia psicológica, aterrizando o manipulando de forma negativa sus sentimientos; ejercitando o propiciando el aislamiento o el rechazo social de la víctima; o a través de amenazas o insultos directos o conductas verbales dirigidas a terceras personas que comporten acusaciones falsas y/o difamaciones sobre la víctima.

Estas formas de manifestación de la violencia dan lugar a su clasificación en violencia física y verbal, directa e indirecta, incluso activa o pasiva (puede ejercerse una violencia que consista en no prestar una ayuda necesaria a una persona a sabiendas del daño que se le hace y queriendo ese daño). Pero, existen algunas manifestaciones a las que, por sus peculiares características, se les da una denominación particular: mobbing, violencia de género, acoso sexual, violencia doméstica, bullying, acoso psicológico, etc

Respecto a la presencia de la violencia escolar en España, según la investigación realizada por Serrano e Iborra (2005), el 75% del alumnado entrevistado era testigo de agresiones en su centro escolar. La mayoría de los maltratos observados eran de tipo emocional (84,3%) y físico (76,5%), y los menos observados los referidos al abuso sexual (1,3%). Este tipo de agresiones son presenciadas principalmente en el patio, mientras que el maltrato económico y el vandalismo ocurrían más en el aula. Cabe destacar que aproximadamente la mitad de los testigos había presenciado maltrato emocional de forma frecuente. En un estudio posterior del año 2012, esta autora y sus colaboradores (Iborra et al., 2012) también obtuvieron que el tipo de violencia escolar más frecuente era la psicológica y la física. Además, este trabajo encontró que más de la mitad de las víctimas de violencia escolar en la Comunidad Valenciana tenía entre 12 y 14 años (51,1%) y estaba cursando Educación Secundaria (64,56%). En cuanto al género de las víctimas de violencia escolar, los chicos eran más victimizados que las chicas (57,4%), sufriendo más violencia física (65,93%) que ellas. Sin embargo, las chicas eran más víctimas de cyberbullying (73,33%) y violencia sexual (69,23%). Finalmente, cabe señalar que se produjeron 1.780 incidencias en los centros escolares de la Comunidad Valenciana, superando la prevalencia de la violencia familiar y social.

Aunque, si bien es cierto que en los últimos 40 años el interés científico por el avance en el conocimiento, de las claves del fenómeno que podrían estar explicando las conductas de violencia, ha sido extraordinario (Bacchini, Espósito, & Affuso, 2009; Defensor del pueblo, 2000 y 2007; Fitzpatrick, Dulin, & Piko, 2007; Ortega, 2010; Ortega & Del Rey, 2003; Sánchez-Lacasa & Cerezo, 2010; Smith, Morita, Junger-Tas, Olweus, Catalan, & Slee 1999; Smith 2003; entre otros),

todavía existen muchos aspectos de interés investigador, sobre todo a nivel nacional y autonómico, en una etapa educativa como es la de primaria donde los estudios son escasos.

Así mismo, la vertiginosa ramificación del fenómeno bullying en otros tipos de violencia como es el caso del cyberbullying ha marcado una realidad social que en los últimos años está tomando un gran protagonismo entre los escolares (Garaigordobil, 2011; Olweus & Limber, 2010; Tokunaga, 2010). A pesar de ello, la mayoría de los estudios encontrados hasta el momento en nuestro país se centran en la educación secundaria (Ortega, Calmaestra & Mora-Merchán, 2008; Sureda et al., 2009; Avilés, 2009; Álvarez-García et al., 2011) quizás debido a que el acceso a las TIC en estas edades es poco relevante y va ascendiendo a medida que aumenta la edad (INE, 2012) hasta constituirse en una de las formas más utilizadas para comunicarse entre los jóvenes (Piazza & Bering, 2009; Subrahmanyam & Greenfield, 2008).

El hecho de que los investigadores se hayan centrado más en la etapa de secundaria no niega la existencia de estudios que se ocupan del fenómeno en una etapa educativa donde los escolares comienzan a abrirse al mundo de las tecnologías de la información y de la comunicación. Así, encontramos diferentes estudios sobre todo a nivel internacional que presentan porcentajes de participación importantes (Almeida, Marinho, Esteves, Gomes, & Correia, 2008; Keith & Martín, 2005; McLoughlin, Burgess, & Meyricke, 2009).

La violencia genera un conjunto de consecuencias no deseables no solo para quien es objetivo de ellas son también para el que genera la violencia en sí misma. Este tipo de consecuencias incluye tanto el maltrato físico como el psíquico donde este último suele ser el más agresivo para la integridad moral de la víctima. Cuando la violencia afecta a niños, niñas y adolescentes la malignidad de la situación es aún mayor. Cualquier niño, niña o adolescente víctima o testigo de un acto violento, además de sufrir la consecuencia dolorosa inmediata, interioriza una experiencia negativa mediante la cual aprende el mecanismo de la conducta violenta. Muchos de ellos acaban concluyendo que en el mundo lo que funciona realmente es la ley del más fuerte, además esta creencia queda reforzada con los acontecimientos bélicos y violentos que ven a través de los medios de comunicación. Otros, aprenderán que el modo de quedar a salvo de ser víctima, es aliándose con el agresor. Además, los agresores, acostumbrados a conseguir beneficios mediante su conducta, aprenden e interiorizan que el uso de la violencia es un modo práctico de conseguir cosas, y de esta forma están construyendo el camino para convertirse en delincuentes.

En las últimas décadas, el interés y la preocupación social por las conductas violentas entre iguales, por las conductas de maltrato entre compañeros en los centros educativos, tanto “cara a cara” (bullying), como a través de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación (cyberbullying) ha ido incrementándose.

La progresiva concienciación sobre la importancia de los derechos humanos y sobre la relevancia que tienen las agresiones en contextos escolares, enfatizada por los medios de comunicación (TV, prensa, radio...) a raíz de hechos graves como los suicidios a consecuencia de sufrir acoso por parte de los compañeros, obliga a todos los implicados en la educación a intervenir, tanto en la prevención como en el afrontamiento de las situaciones de acoso escolar cuando éstas se producen. Como consecuencia de esta situación, en los últimos años se han incrementado las investigaciones que han analizado el bullying tradicional, o a través de un nuevo medio, como son las TIC.

## 2. CONCEPTO DE BULLYING

La adaptación escolar es el resultado de la buena adaptación al grupo de iguales. Es a través del grupo donde se desarrolla el proceso de socialización y la propia autoestima. Cuando las relaciones entre los estudiantes son positivas, constituyen la mejor experiencia escolar pero, desafortunadamente, algunos jóvenes no viven su relación con el entorno escolar de manera positiva. Estos sujetos suelen encontrarse aislados del grupo, rechazados y, en ocasiones, incluso agredidos directamente (Cerezo, 2009). El problema de las malas relaciones interpersonales es el que subyace en la violencia entre escolares o bullying (Olweus, 1993). El bullying se define como la conducta agresiva, intencional y mantenida en el tiempo, perpetrada por un individuo o grupo de ellos contra otro, al que consideran su víctima habitual.

La adaptación escolar es el resultado de la buena adaptación al grupo de iguales. Es a través del grupo donde se desarrolla el proceso de socialización y la propia autoestima que la violencia en un centro escolar abarca muchos más actos, mensajes o situaciones violentas. Tal es el caso del bullying, de difícil traducción al castellano o a cualquier lengua derivada del latín. Ortega, Del Rey y Mora (2001), en referencia a esto ubican en la palabra maltrato todas las situaciones que en el marco anglófono se denominan bullying, y la señalan como la más idónea, aunque también sabemos que pueden ser utilizados otros términos como victimización, intimidación, abuso, en función del tipo de agresión que aparezca: física, psicológica, social (exclusión) verbal o a la propiedad, y dentro de ésta si la agresión es directa o indirecta.

Hoy en día el término bullying se ha generalizado en nuestra sociedad entendiéndose el bullying como una forma de maltrato, intencionado, perjudicial y persistente de un estudiante, o grupo de estudiantes, hacia otro compañero, generalmente más débil, al que convierten en su víctima habitual. Los agresores están motivados por un abuso de poder, de intimidar y dominar (Olweus, 1993) al que puede sumarse el deseo de diversión (Farrington, 2011). Se considera que están envueltos en este tipo de problemas tanto los adolescentes y las adolescentes que son víctimas directas de la crueldad de los sujetos agresores, como los adolescentes y las adolescentes que son cruel e injustificadamente agresivos con aquéllos. Así mismo, son víctimas de la violencia los adolescentes y las adolescentes que, sin verse involucrados de forma inmediata, lo están en forma indirecta, porque son observadores y sujetos pasivos de la misma al verse obligados a convivir en situaciones sociales donde el problema existe. Se trata de una conducta agresiva persistente, de manera que, cuando un alumno o grupo de alumnos ha establecido una relación de intimidación con otro, se genera una trama que refuerza su capacidad de suscitar miedo.

Las conductas del maltrato pueden llegar a ser muy sutiles, suelen incluir conductas de diversa naturaleza, y tienden a originar problemas que se repiten y prolongan durante cierto tiempo.

Es evidente que cuando aparece un caso de bullying este, en la gran mayoría de los casos, se encuentra ya muy establecido entre el maltratador y la víctima, o sea que cuando se detecta un caso así por lo general este maltrato se lleva produciendo durante largo tiempo. En ocasiones son muy difíciles de descubrir y muy fáciles de reforzar; una vez que un alumno o alumna ha sido victimizado, una simple mirada intimidatoria o un simple gesto o el reprocharle alguna singularidad por parte del agresor o agresores, será suficiente para que la víctima se sienta amenazada.

La dinámica del maltrato entre iguales como fuente de estrés tiene consecuencias en los sujetos estudiantes involucrados, lo que se traduce en un incremento de los problemas de salud, sobre todo mental. Ortega y Mora (1997) encuentran que como respuesta a la violencia escolar de todos los actores del fenómeno, se puede padecer daño físico (lesiones), muerte (suicidio) o afecciones de la salud mental (depresión, baja autoestima o secuelas postraumáticas), que en términos generales les impiden mantener buenas relaciones con sus iguales, y con frecuencia adoptan comportamientos de riesgo, como pueden ser el uso de sustancias adictivas, el ausentismo escolar, las relaciones sexuales.

Esta trayectoria sobre los distintos aspectos que han ido configurando la definición de bullying, permite conceptualizar esta dinámica relacional como parte del entramado de las relaciones interpersonales que se establecen entre los escolares, considerándolos no como comportamientos puntuales, ni respuestas esporádicas, imprevistas o accidentales; sino más bien como conductas unidas al estilo de relación interpersonal de los individuos (Ortega, 2010) prematuras o violentas e incluso la autolesión.

La definición de Olweus (1999) sigue siendo una de las más utilizadas por establecer de manera clara tres características fundamentales para que el comportamiento exhibido pueda ser descrito como maltrato: Conducta intencional, conducta repetida a lo largo del tiempo y existencia un desequilibrio de poder social (Erdur-Baker, 2010; Hartung, Little, Allen, & Page, 2011; Kiriakidis & Kavoura, 2010; Klomek, Sourander & Gould, 2010; Monks, Ortega, & Rodríguez, 2008; Ortega, 2008; Powell & Ladd, 2010; Rodríguez, 2010; Ucanok, Smith & Karasoy, 2011; entre otros).

No obstante, es importante resaltar la existencia de otras definiciones que han ayudado a clarificar y comprender este problema escolar.

Entre ellas destacamos, además de la ya mencionada condición de inmoralidad que se ha comentado antes, las aportaciones de la profesora Ortega (1997, 2002, 2005), cuyo modelo interpretativo de la dinámica relacional del bullying se sustenta en dos leyes fundamentales: el esquema dominio-sumisión y la ley del silencio. Dos aspectos básicos que por un lado permiten que la situación pueda prolongarse en el tiempo ante la incapacidad de la víctima de salir de la relación de violencia, y por el otro que no sea visible a los ojos de los adultos, manteniendo de esta manera el fenómeno bajo el control de los iguales y de las leyes por las que se rigen.

Así, cuando hablamos de bullying, nos referimos a algo más que unas conductas específicas de agresión y victimización, hablamos de un escenario social en el cual la agresión injustificada e inmoral parece aceptarse como si fuera normal, a pesar de que todos los protagonistas saben que no es ni normal ni moral (Ortega, 2010).

Se han propuesto definiciones más amplias que especifican con claridad el tipo de agresiones relacionales e incluyen otras manifestaciones de carácter encubierto o indirecto, dirigidas a provocar el aislamiento social de la víctima, destruyendo sus relaciones interpersonales (Griffin & Cross, 2004). En esta misma línea, Avilés y Monjas (2005) mencionan



en su definición de bullying que la finalidad de las acciones del agresor o agresores sería hacer daño físico, humillar psicológicamente y/o aislar grupalmente.

Principalmente los estudios coinciden en establecer cuatro tipos de manifestaciones violentas: física, verbal, psicológica y social, que son agrupadas en función de su carácter encubierto o no (Powell & Ladd, 2010). Por ejemplo, la violencia física y verbal, referida a conductas como golpes, robos, insultos o motes, es identificada como bullying directo porque son ataques que se producen cara a cara, enfrentándose abierta y directamente el agresor contra la víctima (Bau-man & Del Rio, 2006), y dañan al individuo física o psicológicamente (Craig, 1998; Craig & Pepler, 2003). Por otro lado, el bullying indirecto es definido como una actividad encubierta destinada a excluir y marginar a los individuos acosados. Por lo tanto, el chantaje, la amenaza y la exclusión de los individuos de los grupos son ejemplos de intimidación indirecta (Smith, Talamelli, Cowie, Naylor, & Chauhan, 2004; Underwood, 2002; Woods & Wolke, 2004).

Las percepciones de los escolares, tanto en edades de primaria como de secundaria, sobre el maltrato escolar son más cercanas a las formas directas y de tipo físico o verbal, teniendo en menor consideración aquellas más relacionadas con el carácter social de la agresividad (Gao & Li, 2012; Griffin & Gross, 2004; Smith, 2002; Vaillancourt et al., 2008).

El bullying cuenta ya con una trayectoria investigadora que permite asegurar que no se trata de un fenómeno casual ni limitado a determinados sectores de población, sino que está ampliamente extendido; de hecho, se encuentra en casi la totalidad de los centros escolares y casi la mitad del alumnado asegura que se da en su aula muy arraigada; de un lado, la víctima se encuentra tan indefensa, que apenas puede hacer nada para cambiar la situación, y el acosador ha consolidado un amplio repertorio de conductas agresivas. Además, la respuesta suele limitarse a aplicar modelos punitivos para frenar las conductas de acoso (Serrano e Iborra, 2006), y rara vez proporcionan estrategias de control de la agresividad dirigidas al agresor o de afrontamiento para la víctima. Actualmente, el bullying afecta cerca del 20% del alumnado, siendo algo superior el porcentaje de agresores que de víctimas (Cerezo, 2009). Adopta diversas formas y utiliza variados recursos, entre ellos las nuevas tecnologías. Con frecuencia no solo es cosa de dos; suelen agruparse varios agresores contra una víctima. Estas situaciones de indefensión pueden tener efectos muy negativos, a medio y largo plazo, en agresores y en víctimas, asociados otras conductas antisociales y de riesgo para la salud como el consumo de drogas (Cerezo y Méndez 2010; Farrington y Ttofi, 2011).

Podemos considerar que el bullying es un problema donde los implicados conforman dos caras de la misma moneda. Con frecuencia surge el interrogante: ¿Por qué el bullying? ¿Qué facilita esta relación tan desequilibrada? Quizá podamos encontrar respuesta en las propias características socio-emotivas de los sujetos implicados. Se trata de aspectos que, situados en un continuo, se encuentran en polos opuestos (Cerezo, 2009). Como se puede apreciar en el cuadro 1, el agresor hace ostentación de su impulsividad y falta de empatía, así como de su capacidad para amedrentar a la víctima. Por el contrario, el comportamiento de la víctima, revela la falta de seguridad en ella misma, debilidad y retraimiento, con escasas posibilidades de defenderse, lo que acrecienta su propia indefensión y el rearme del agresor. A lo que cabe añadir las diferencias manifiestas en la capacidad para establecer relaciones afectivas dentro del grupo.

Desde que en la década de los 70 aparecieran en los Países Escandinavos las primeras investigaciones centradas en determinar la extensión del bullying (Ekman, 1977; Mykletun, 1979; Olweus, 1973; Pedersen, 1975; Pikas, 1975), la presencia de estudios alrededor del mundo ha proliferado en la misma medida que las sociedades han comenzado a preocuparse por los problemas que ocurren en sus escuelas.

Son numerosos los estudios e informes que avanzan sobre los tipos de violencia ejercida y sufrida en los entornos escolares. Cabe mencionar el Informe Defensor del Pueblo (2007) realizado en estudiantes de educación secundaria obligatoria. Este informe revela que las formas de agresión observadas con mayor frecuencia son:

- Verbal (motes, insultos, etc.). En más del 50% de los casos
- Física directa (pegar): 25,2%
- Amenazas (meter miedo; chantajear): 22,7%
- Exclusión (ignorar, no dejar participar): 22,7%
- Física indirecta (robar, romper, esconder): 14%
- Acoso sexual (intimidación, vejación): 1,3%

El propio estudio apunta el cyberacoso como una forma de agresión emergente, percibida por más del 25% del alumnado, que afecta al 5,4% como agresor y al 5,5% como víctima de forma continuada durante un curso escolar (AA.VV. 2007).

Un análisis pormenorizado de las formas de acoso, siguiendo el esquema propuesto por Sanmartín (2010) sobre los tipos de violencia, permitirá establecer las posibles diferencias entre el bullying y el cyberbullying. Así, entendemos que se aprecian diferentes formas de agresión atendiendo a los siguientes supuestos:

a. Según el modo de ejercer la violencia, podemos hablar de: violencia por acción o violencia por omisión o negligencia. Ambas formas de acoso pueden ser perpetradas igualmente por acción o por omisión. El bullying a través de las TIC es un tipo de violencia por acción, desde la perspectiva de los emisores de los mensajes, pero a la vez se trata de una violencia por omisión, cuando siendo conocido, no es denunciado. En este sentido, nos podemos preguntar si ejercen violencia aquellos escolares-profesores contra aquellos alumnos que se encuentran desamparados en la institución.

b. Por el tipo de daño causado, aunque resulta difícil delimitar un “tipo de daño causado”, ya que las repercusiones del maltrato invaden varias áreas y se puede decir que las consecuencias afectan al sujeto en su conjunto. Aquí se propone distinguir entre las siguientes formas de violencia:

- Física directa o indirecta, aquella acción u omisión que causa o puede causar una lesión física. Como pegar, romper propiedades del otro.
- Psicológica, entendida como cualquier acción u omisión que causa o puede causar un daño cognitivo (distorsiones perceptivas), emocional (baja autoestima) o conductual (obsesiones). Entre estas conductas destacan los insultos y las amenazas
- Social, pretende la exclusión o descalificación. Su máxima expresión está en la humillación
- Sexual, cuando utiliza la sexualidad de una persona mediante coacción. Este tipo de agresión suma daños físicos y psicológicos
- Mixta, aquella que utiliza diversos tipos simultáneamente.
- La violencia a través de las TIC puede adoptar cualquiera de las formas señaladas, exceptuando la física directa y la sexual, aunque entendemos que puede ser mixta, ya que en primer lugar se puede ejercer como violencia directa y después transmitirse en forma de mensaje en la red, de manera que termina siendo cyberbullying.

c. Según el escenario donde se produce la situación podemos encontrar:

- Violencia en dependencias escolares: aulas, lugares de recreo, pasillos.
- Violencia en el entorno escolar: entradas y caminos de acceso.
- Violencia desde escenarios remotos. En el cyberbullying no es preciso que agresor y víctima se encuentren en el mismo escenario.

d. Según el número y tipo de agresor:

- Único-Grupal. El bullying suele comenzar como una relación diádica: un agresor y una víctima, pero pronto pasa a incluir a varios agresores y, por tanto, convertirse en un fenómeno grupal. Es más, la víctima termina percibiendo que el conjunto del grupo-aula está dispuesto a hacerle sufrir. En el caso de ciberbullying, el sujeto puede ampliarse considerablemente, ya no es sólo el sujeto o grupo de conocidos, mediante las TIC el número de agresores se puede multiplicar considerablemente, y además, ya no tienen por qué ser conocidos de la víctima.
- Directo-Remoto. La agresión directa permite identificar al agresor, en la remota, el agresor no tiene rostro. En este sentido, la ofensa es un elemento que distorsiona la realidad porque, ¿cómo defendernos de alguien a quién no podemos nombrar? En esta forma re-mota destaca el cyberbullying.

Dado el volumen de trabajos que se han desarrollado desde estos comienzos hasta la actualidad destacaremos algunos de los estudios más relevantes ejemplificando de este modo la prevalencia registrada en diferentes países, la cual permitirá obtener una imagen del estado de la cuestión.

A nivel internacional, en EEUU, los investigadores Nasel, Craig, Overpeck, Pilla, Ruan, Simons-Morton y Scheidt (2001), sobre una muestra representativa de 15.686 adolescentes de 12 a 16 años, encontraron que el 13% de los alumnos se reconocía como agresor, el 10.6% como víctima y el 6.3% en ambos roles. Años más tarde Wang y sus colaboradores



(2009) señalaban una prevalencia que oscilaba del 21% al 54 % dependiendo de los roles de implicación. En ese mismo año Finkelhor y sus colaboradores (2009), con datos de dos encuestas nacionales similares llevadas a cabo con cinco años de diferencia, en 2003 y 2008 y con información proporcionada a través de entrevistas telefónicas aleatorias relacionadas con el comportamiento abusivo que sufren los niños y niñas con edades de 2 y 17 años, informaron de una reducción de la victimización en bullying que sufrían los escolares del 2003 (21.7%) respecto a los del año 2008 (14.8%).

En Canadá, Pepler y sus colaboradores, en 1994, considerando la frecuencia de “al menos 1 vez a la semana”, hallaron que el 8% de los escolares se autoidentificaban como víctimas de bullying y el 15% lo hacían como agresores, siendo los porcentajes de estos últimos, mayores, entorno a los 11-12 años de edad. Años más tarde Craig et al. (2009) revelaría en un estudio porcentajes similares de chicos y chicas (23%) implicadas en violencia entre iguales.

En Australia los datos indican que desde los primeros estudios en la década de los 90 realizados por Rigby (1998), con muestras de 38000 escolares aproximadamente de entre 8 y 17 años, donde el 23.5% de chicos decían ser victimizados al menos una vez a la semana, hasta otros estudios más recientes que han encontrado el 16% (Cross et al., 2009), los niveles de bullying han sufrido un descenso importante.

En los países asiáticos también existe una trayectoria investigadora importante que señalan la prevalencia en varias zonas del continente. Así, en Japón, entre 1994 y 1995 la Researchers' Conference Regarding Problematic Behavior among Children realiza un estudio a nivel nacional con una muestra de 9.420 alumnos de edades comprendidas entre los 6 y los 18 años. En él se encontró que el 21.9% de los alumnos de primaria se declaraban víctimas de la violencia por parte de otros y el 25.5% agresores. Sin embargo, no se estudiaron las diferencias de género relativas a la participación en los episodios de violencia. Por otro lado, en Korea en un estudio algo más reciente Hankyoreh (2003) sobre una muestra de 14.638 escolares de las etapas de primaria y secundaria encontró que el 26.1% de los escolares decían haber sido victimizados.

En América del Sur también se han llevado a cabo estudios sobre el nivel de prevalencia del bullying escolar. Concretamente en Nicaragua, sobre una muestra de 3042 escolares de primaria, se encontró una implicación del 50.3% (Romera, Del Rey, & Ortega, 2011). En Chile, los porcentajes recogidos por un estudio a nivel nacional sobre la convivencia en este país (UNESCO, 2005), muestran datos que oscilan entorno a estas cifras, siendo que el 37% de las víctimas había sufrido violencia de forma directa y el 24% de forma indirecta. En México, el estudio retrospectivo de Velázquez (2005) registró diferencias de sexo en cuanto a la implicación, siendo que las chicas con un 57% participaban más del rol de víctimas frente al 43% de los chicos. En Colombia, otro estudio retrospectivo de Reátiga (2009), encontró que el 29.8% mencionaba haber estado implicado en el pasado en episodios de bullying (12% como agresor, 4.8% como víctima y 13% como bullyvictim).

En África, los estudios señalan que son las chicas quienes más sufren la violencia, aunque si bien es cierto que esta es de tipo sexual (Krug, Dahlberg, Mercy, Zwi, & Lozano-Ascencio, 2002; Pinheiro, 2006).

A nivel europeo, diversos países que cuentan con una trayectoria investigadora importante sobre el nivel de implicación en agresión y victimización en bullying, como son Noruega, Inglaterra, Irlanda, Francia, Alemania, Italia y Portugal.

En España, fue el trabajo de la profesora Ortega junto a la colaboración del profesor Smith, en un proyecto cofinanciado por el Ministerio de Educación y Ciencia español y el British Council británico entre los años 1990 y 1992, el que mayor repercusión científica ha tenido al hallar, en una muestra de 859 de alumnos (de cinco centros sevillanos) con edades comprendidas entre los 11 y los 16 años, que el 26% de los alumnos con edades comprendidas entre 11 y los 14 años reconocía haber sido víctima por parte de sus iguales al menos 1 vez a la semana y el 22% reconocía haberla ejercido. Estos porcentajes disminuían cuando se consideran a los escolares de entre 14 y 16 años (5% y 10% respectivamente). Respecto al género los chicos estaban más implicados que las chicas (Ortega, 1992; 1994; 1995).

Estos resultados sirvieron como base para la ejecución y desarrollo de 2 proyectos pioneros de prevención del maltrato escolar: “Proyecto Sevilla Anti-Violencia Escolar (SAVE)” (Ortega 1997; Ortega & Mora- Merchán, 2000) y “Proyecto Andalucía Anti Violencia Escolar (ANDAVE)” (Ortega & Del Rey, 2000).

A partir de entonces en España fueron varios los estudios que aportaron datos sobre la prevalencia del fenómeno (Defensor del Pueblo-UNICEF, 2000, 2007; Oñate & Piñuel, 2005; Serrano & Iborra, 2005), valorando las incidencias del maltrato entre iguales, a nivel nacional, no solo en la etapa educativa de primaria sino también en la de secundaria.

De este modo, aparecen los Informes del Defensor del Pueblo (2000, 2007) con muestras de 3.000 alumnos y alumnas en centros de secundaria pertenecientes a 300 centros públicos, privados y concertados. El primer informe (Informe del Defensor del Pueblo, 2000) recogía la presencia del bullying, sin distinción de la severidad de estas situaciones, en más del 50% de los centros escolares y en más de la mitad de alumnos/as. Por otra parte, el Informe del Defensor del Pueblo en el 2007 daba a conocer unos índices que parecían mantenerse más o menos estables a través del tiempo. A pesar de ello, en dichos estudios se pone de manifiesto que los resultados de situaciones vividas por el alumnado como víctimas muestran una disminución entre primer y segundo estudio; igualmente se encontraron diferencias estadísticamente significativas entre los porcentajes de quienes se reconocen agresores o agresoras ocurriendo una disminución entre 2000 y 2007.

El estudio realizado por el Centro Reina Sofía (Serrano & Iborra, 2005), con sujetos de edades que oscilaban entre los 12 a los 16 años, se insinúa una incidencia algo mayor a la del resto de Europa, y se reflejan porcentajes del 22% en la implicación concretándose que el 14.5 % eran víctimas y un 7.6% de agresores.

Ese mismo año aparece el Informe Cisneros VII (Oñate & Piñuel, 2005) sobre violencia y acoso escolar en alumnos de primaria, ESO y bachillerato, el cual constata que 1 de cada 4 escolares de la comunidad de Madrid sufre acoso escolar. Los mayores porcentajes se observaron en la etapa de primaria que parecen decrecer, de forma paulatina, desde el 43% en el 2º curso de Ed. primaria hasta el 6% en el 2º curso de bachillerato.

A nivel autonómico se realizaron diferentes estudios con datos similares a los hallados a nivel nacional. En el año 2007 en la Comunidad Valenciana, Síndic Greuges, en una muestra representativa de 2.822 de alumnos y alumnas de tercer ciclo de primaria de 79 centros públicos, privados y concertados registró los siguientes porcentajes entre el alumnado que informó haber sido víctima: 43.9% verbal, 25.3% exclusión, 16.7% propiedad, 17.1% física, 21.4% amenazas, 8.7% sexual-verbal, 5.5% sexual-física. En cuanto a los porcentajes entre aquellos que se nominaron como agresores se encontraron los siguientes resultados: 36.9% verbal, 27.6% exclusión, 7.1% propiedad, 14.9% física, 13.2% amenazas, 5.2% sexual-verbal, 2.4% sexual-física.

En el País Vasco en el 2008, Garaigordobil y Oñera en un estudio con 5.983 escolares encontraron que el 5.8% de los estudiantes de primaria estaban implicados como víctimas.

En 2009 un estudio realizado en la región de Murcia en una muestra de 426 sujetos, confirma que el bullying es un hecho que aparece principalmente en los últimos cursos de primaria, situando su prevalencia entorno al 23% (Cerezo, 2009).

Un año más tarde Sánchez-Lacasa y Cerezo (2010) detectaron, también en Murcia, que el alrededor del 15% de los escolares de primaria se encontraban implicados en cualquiera de los roles de bullying, siendo que los cursos 5º y 6º de primaria presentaban los mayores porcentajes (17% y 15%) frente a 4º de primaria (12%). El 7.7% se nominaba como agresor, el 5.4% como víctima y el 1.9% como agresor victimizado.

En Andalucía destaca el ya mencionado trabajo realizado por Ortega y sus colaboradores en los noventa denominado "SAVE" (Sevilla Anti-Violencia Escolar) sobre una muestra de 4.824 escolares pertenecientes a las etapas de primaria y secundaria, de 26 centros escolares, y con edades comprendidas entre los 10 y 16 años. En él se utilizó el Cuestionario sobre intimidación y maltrato entre iguales (Ortega, Mora-Merchán, & Mora, 1995a, 1995b) inspirado en el instrumento diseñado por Olweus (1989), cuyas características principales recogían el anonimato de los estudiantes y se basaban en preguntas relativas no solo al papel de los escolares en el problema, sino también de su estructura familiar, sus relaciones sociales, su grado de satisfacción con la escuela...

Los datos manifestaron que el 11.1% de los encuestados estaban implicados de una manera frecuente en problemas de bullying, siendo que los chicos presentaban una implicación del 11.8% frente al 10.1% de las chicas, manifestándose especialmente en el grupo de agresores y agresores victimizados, pues las chicas se autonominaban con un porcentaje levemente mayor como víctimas. Si nos centramos en la educación primaria, los resultados revelan una incidencia mayor para esta etapa respecto de los demás cursos encuestados de secundaria, siendo del 13.9% y del 12.3% para los cursos 5º y 6º de primaria respectivamente. Además, se explicitaba que eran las víctimas las que decían estar más implicadas con un 7.9% en el 5º curso y con un 7.8% en 6º, seguidas de los agresores con un 4.9% (5º primaria) y un 4.4% (6º primaria) y, de los agresores victimizados con 1.1% (5º primaria) y un 1% (6º primaria).

Este proyecto abrió camino a otro a nivel andaluz, el "ANDAVE", pero esta vez centrado en la etapa educativa de la secundaria. En él las estadísticas reflejaron que el 1.6% de los jóvenes andaluces se autonominaban como víctimas de

maltrato de sus compañeros, el 1.4% se identificaban como agresores, el 15.3% como agresores victimizados y el 77.4% como espectadores (Ortega & Angulo, 1998).

En Extremadura, destaca el estudio realizado por T. Gómez, B. León y E. Felipe en el curso escolar 2008-2009 (Universidad de Extremadura, Apuntes de Psicología 2011, Vol. 29, número 3, págs 471-490, ISSN 0213-3334), en el que participaron 620 estudiantes de Educación Primaria de Extremadura, pertenecientes a 20 centros públicos y privados-concertados, de 5º y 6º curso.

Los objetivos propuestos son: 1. Analizar la prevalencia de las diferentes modalidades de maltrato y comparar los resultados con los encontrados en los centros de Secundaria en nuestra Comunidad. 2. Determinar el papel que juegan el género, el curso, la edad y la titularidad pública o privada del centro en la incidencia y modalidad del acoso escolar. 3. Estudiar características del acoso escolar: curso de quienes agreden y escenarios en los que se producen las acciones de maltrato, con los encontrados en los centros de Secundaria.

Utilizaron el Cuestionario del Defensor del Pueblo-Unicef (2006): que analiza la incidencia del acoso escolar desde tres perspectivas: observador, agresor y víctima. Las preguntas incluyen trece conductas de acoso que se clasifican en seis modalidades de maltrato. La ocurrencia del maltrato es evaluada en una escala ordinal de frecuencia con cuatro categorías: nunca, a veces, a menudo y siempre. También evalúa algunas características de los agresores como curso, género y los lugares en los que ocurre cada tipo de acoso.

### 3. TECNOLOGÍAS DE LA INFORMACIÓN Y COMUNICACIÓN

Las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) se han incorporado a nuestras vidas potenciando cambios sustanciales en múltiples aspectos entre los que destacan las relaciones interpersonales que ahora, además de directas, resultan ser indirectas y mediadas por los dispositivos digitales. Hoy vivimos en lo que Azuma (1997) denomina «realidad aumentada», ya que las actividades que realizamos tienden a combinar realidad física con elementos virtuales, mejorando y apoyando así dichas actividades. Realidad aumentada en la que Internet, y especialmente las redes sociales, tienen un especial protagonismo, particularmente entre los jóvenes donde su uso no deja de aumentar. Las últimas cifras de las que se dispone señalan que, en España, hay un 55% de usuarios habituales de Internet, cifra que se eleva al 84% en edades comprendidas entre los diez y dieciocho años (Garmendia, Garitaonandia, Martínez & Casado, 2011). Grupo de edad en el que además nueve de cada diez chicos y chicas poseen un perfil en una red social.

La máxima herramienta de la que se vale el bullying entre los adolescentes es sin duda las redes sociales. No es posible entender este tipo de maltrato sino existen redes sociales de por medio. Las redes sociales son el máximo exponente de la dimensión social de Internet y se caracterizan como servicios web utilizados para comunicarse o compartir información regularmente en las que los usuarios forman una comunidad online donde pueden interactuar con otras personas sobre la base de una serie de intereses comunes (Boyd & Ellison, 2007). Es la autoelección lo que proporciona a las redes sociales su potencialidad de ser un contexto singular y atractivo de relaciones interpersonales. Se ha asegurado, quizás de forma algo exagerada, que la socialización de una persona que carece de amistades o contactos en la red social difiere de otra que cuenta con amigos reales y contactos en su red social (Christakis & Fowler, 2010). La vida se desarrolla tanto en contextos físicos como virtuales que están dotando de nuevas oportunidades a las relaciones interpersonales que se desarrollan ahora, utilizando la aportación de Azuma (1997) en una «sociedad aumentada» en la que en lugar de apostar por la divergencia entre ambos entornos, se asume su interdependencia. La convivencia se está enriqueciendo de las ventajas de los recursos virtuales como la mayor apertura en el establecimiento de relaciones interpersonales, la diversidad en las relaciones sociales, la ubicuidad, la disponibilidad de información al instante, etc. (Winocur, 2006). Ventajas que pueden transformarse en desventajas si se hace un uso inadecuado de ellas. Pertenecer a una red social supone ir tomando decisiones sobre nuestra propia intimidad (Liu, 2007). Opciones que no siempre se eligen de forma consciente y consecuente (Stuzman, 2006). Es decir, la vida virtual tiene ciertas peculiaridades relativas a la identidad que conviene aprender a gestionar (Reig & Fretes, 2011).

Internet y el uso de redes sociales conlleva ciertos riesgos que se amplifican para la población juvenil (Di -nev & Hart, 2004; Echeburúa & Corral, 2009; 2010; Graner, Beranuy-Fargues, Sánchez-Carbonell, Chamarro & Castellana, 2007; Ortega, Calmaestra & Mora-Merchán, 2008). Destacaremos entre otros: a) la pérdida de control de la información personal en la Red; b) la dependencia de estas tecnologías y la consiguiente carencia o deterioro en actividades y relaciones necesarias para el desarrollo y c) el ciberacoso, como forma indirecta del viejo problema interpersonal del acoso escolar.

Uno de los principales factores de riesgo que generan el bullying es la falta de control de la información que se genera en las redes sociales. Así la información puede ser aprovechada por otros para ponerlo en evidencia, coaccionarlo o chantajearle (Dinev & Hart, 2004; Dinev, Xu & Smith, 2009). La información que uno mismo u otros publican en red es la que soporta la propia identidad virtual que se va construyendo y que, aunque en ocasiones puede no afectar a la vida diaria (Turkle, 1997), puede situar al individuo en situación de indefensión por la pérdida de intimidad (Nosko, Wood & Molema, 2010) y por el consecuente deterioro de sus relaciones sociales si esa información es manipulada por otros o descontrolada por el propio individuo. Un ejemplo es el llamado «sexting» (Mc Laughlin, 2010; Stone, 2011), práctica cada vez más extendida entre los adolescentes españoles (Agustina, 2010) y que consiste en difundir en entornos virtuales imágenes semidesnudas con el daño que ello puede suponer a los menores, quienes creen que sus

Los adolescentes de hoy en día en España pueden considerarse como unos maestros en el manejo de Internet. Por ello La actividad en Internet puede llegar a crear hábitos de adicción. Chicos y chicas que pasan mucho tiempo frente a la pantalla, dejando de lado sus obligaciones y tiempo de ocio, que empiezan a mostrar síntomas de malestar cuando no están frente al ordenador o el móvil y que basan sus relaciones con los de más en una interrelación tecnológica. El abuso de las TIC es un riesgo que puede paliar la calidad de vida de los adolescentes en un mundo hipertecnológico, restando libertad y quizás generando dependencia (Eche Burúa & Corral, 2009; 2010).

Sin duda Internet puede generar adicción en algunos adolescentes tanto es así que llega a haber una gran desconexión con el mundo real en el que viven. En este caso la red actúa como proveedor de conductas reforzantes que son las que realmente tienen la capacidad de producir dependencia (Viñas, Juan, Villar, Caparros, Perez y Cornella, 2002). Internet es un canal de mediación, es el medio no el mensaje. Tal sería el caso de la adicción al sexo, al juego de apuestas o a las compras. Internet facilita estas conductas gracias a su anonimato, a la accesibilidad de las casas de apuestas y casinos virtuales, a la facilidad para transmitir fotografías, etc.

Pero aparte del Internet tenemos otro gran instrumento que ayuda a la propagación del bullying que es el teléfono móvil ,que no es mas que un dispositivo técnico que permite sr desplazado de un lugar a otro y que se ha convertido en un objeto personal, propio, exclusivo e íntimo presente en muchos aspectos de nuestra vida. Un gran número de personas utilizan sus teléfonos móviles como despertador, duermen con ellos debajo de la almohada o en la mesita de noche, hay personas que lo usan como reloj de bolsillo, cámara fotográfica, grabadora, agenda electrónica o radio. El móvil se convierte en un elemento más de los componentes íntimos que constituyen la esfera personal de los usuarios y con el que se tiene una relación emocional. Nunca antes un aparato tecnológico se había convertido en un aspecto tan importante en la vida diaria de las personas, determinante del poder sobre la identidad individual (Srivastava, 2005).

Algunas características del móvil que lo hacen susceptible de producir comportamientos abusivos son: sociabilidad, instrumentalidad, autoconfianza, diversión, estatus social, movilidad, acceso permanente, identidad, conciliación familiar e individualización de bienes ( Dimmick, kline y Stafford, 1994; Höflich y Rössler, 2002; Leung y Wei, 2000 y O'keefe y Sulanowski, 1995). Asimismo, algunas características de los usuarios también contribuyen a esta situación: baja autoestima, extraversión, pocas habilidades sociales (Bianchi y Phillips, 2005; Bononato, 1995) y, sobretodo, juventud y adolescencia puesto que son dos momentos evolutivos fácilmente influenciados por campañas publicitarias, todavía sin un control completo de sus impulsos y que han aceptado el móvil como un símbolo de estatus (Muñoz-Rivas y Agustín, 2005).

En este sentido, la ONG Protégeles (2005) alerta que el uso de móvil puede llegar a ser adictivo entre la adolescencia y primera juventud, indicando que un 38% de los menores con teléfono móvil afirma padecer intranquilidad e incluso ansiedad cuando se ve obligado a prescindir de su móvil. Así pues, se hace necesario centrar los esfuerzos en este colectivo puesto que estos adolescentes y jóvenes contemporáneos son las primeras generaciones nacidas entre estas herramientas (Castellana, Sánchez-Carbonell, Beranuy y Graner,2006).

c». El grooming o también denominado «childgrooming» en el ámbito jurídico hace referencia a las acciones de un adulto con intención de establecer relaciones con un menor para conseguir un disfrute sexual personal (Monge, 2010). El cyberbullying se define como una agresión intencional repetida en el tiempo usando formas electrónicas de contacto, por parte de un grupo o un individuo, a una víctima que no puede defenderse fácilmente por sí misma (Smith, Mahdavi, Carvalho & Tippet,2006). Es considerado por muchos investigadores como una forma de bullying tradicional indirecto (Ortega & Mora Merchán, 2008; Smith & al.,2006) que presenta una serie de características propias tales como: a) la agresión puede suceder en cualquier momento y en cualquier lugar, ya que los canales de comunicación siempre están abiertos; b) la agresión puede ser observada por una gran cantidad de espectadores y espectadoras, un número indefinido

de veces y c) las víctimas pueden no llegar nunca a conocer a sus agresores o agresoras debido al anonimato que permiten los medios que éstos utiliza.

Estos riesgos se ven acentuados dado que es la población adolescente y juvenil la que más rápida y ampliamente se ha digitalizado en sus hábitos frente a la población adulta, hablándose de la llamada brecha digital (Piscitelli, 2006; Marín & González-Piñal, 2011).

Consecuencia de ello puede ser considerado el hecho de que el 80% de los jóvenes afirmen haber aprendido a usar Internet sin la ayuda de un adulto (Bringué y Sádaba, 2011).

A causa del uso de las TICs como algo habitual, de la inclusión de la identidad en espacios virtuales, de la elevada interacción social a través de herramientas tecnológicas y del alto porcentaje de tiempo dedicado en entornos digitales, se ha denominado a la juventud actual como “la generación digital”, “residentes virtuales” o “nativos digitales”, entre otros. Sin embargo, según Aranda et al. (2010), esta calificación incorpora un doble sentido: por un lado, simboliza el uso natural de las TIC y una alta alfabetización digital, pero, por otro, a causa del escaso control parental comentado anteriormente y de su edad y, por tanto, inexperiencia de vida, representa un grupo vulnerable a los riesgos asociados a estas tecnologías como el acceso a contenidos o contactos no deseados. De esta forma, en la mayoría de estudios sobre violencia escolar, las TIC aparecen como factor interviniente en el origen de las situaciones violentas y pueden ser, además, el medio, lugar o escenario de las distintas formas de acoso entre iguales (Hernández y Solano, 2006).

Con el objetivo de que los jóvenes manejen las herramientas digitales de manera crítica, con confianza y creatividad, pero también con atención a la seguridad y privacidad, en el año 2006 se incorporó la competencia digital al currículo español. De este modo, es considerada, junto con otras siete competencias básicas, como aprendizaje imprescindible que los estudiantes deben alcanzar al terminar la escolarización obligatoria (ITE - Instituto de Tecnologías Educativas, 2011).

Después de la revisión realizada de los términos relacionados con el ciberacoso, a continuación se presenta un apartado teórico donde se profundiza en el concepto de cyberbullying y se exponen las principales investigaciones existentes en torno a dicho fenómeno.

#### 4. FUNDAMENTOS TEÓRICOS

Los estudios sobre violencia escolar y bullying han pasado por varias fases desde sus inicios (ver Ortega y Mora-Merchán, 2000), tras la primera etapa en la que se realizan sobre todo estudios descriptivos en un número reducido de países, se desembocó en un segundo período de consolidación en el que las investigaciones se expanden a multitud de países. Podemos afirmar que actualmente nos encontramos en una tercera etapa que se caracteriza por la amplitud en los temas de estudio y el uso de metodologías diversas para abordar el problema, sin olvidar el alcance social que ha experimentado el fenómeno a través de los medios de comunicación.

En este contexto comienzan a aparecer estudios sobre nuevas formas de bullying más específicas. Una de ellas es el llamado cyberbullying (Belsey, 2005). Efectivamente, durante los últimos meses en España y en el resto del mundo no dejan de aparecer noticias sobre esta temática. Pero el tratamiento informativo y el investigador no siempre van al unísono. Así, en el año 2005, el cyberbullying no era un tópico de investigación en Alemania o en Portugal, mientras que en Estados Unidos, Australia, Canadá o Nueva Zelanda sí se estudiaban estos fenómenos (VISIONARIES-NET, 2005). No obstante, esta tendencia está cambiando y en la actualidad países como España y Reino Unido por mencionar algunos, se están interesando por esta temática (Calmaestra, Ortega y Mora Merchán, 2008; Smith, Mahdavi, Carvalho y Tippet, 2006), desarrollando investigaciones que nos permitirán tener una percepción mucho más precisa del cyberbullying a nivel europeo.

Al igual que en el bullying tradicional, parece existir cierta controversia terminológica para definir lo que algunos investigadores han descrito como conductas de agresión mediante el uso de las formas electrónicas de contacto (Slonje & Smith, 2008; Smith et al., 2008).

Sin embargo, un núcleo considerable de la literatura internacional parece haber establecido un consenso denominándolo cyberbullying, sin olvidar la coexistencia con otras etiquetas que asumen las mismas características definitorias del fenómeno y que podemos designar como Ciber-Aggression (Grigg, 2010), Internet-bullying, Internetrán tener una percepción mucho más precisa del cyberbullying a nivel europeo. Harrasment (acoso a través de internet), Electronic aggression (agresión electrónica) (David-Ferdon & Feldman- Hertz, 2007), Ciber-moobing, Virtual, Cyber-Bullying o, si consideramos nuestro propio contexto sociocultural “acoso a través del móvil o de internet” (Nocentini et al.,



2010), ciberacoso, acoso electrónico o tecnológico, ebullying, cyberbullying e incluso cyberbullying (Calmaestra, Ortega, Maldonado, & Mora-Merchán, 2010).

El término cyberbullying, se considera actualmente, como un nuevo medio para acosar a otros. Se trata del acoso mediante las TIC. Peter K. Smith lo define como: acto agresivo e intencionado, llevado a cabo de manera repetida y constante a lo largo del tiempo, mediante el uso de formas de contacto electrónicas, por parte de uno/s individuo/s contra una víctima que no puede defenderse fácilmente (Smith, et al, 2008).

Pero, a pesar de que la literatura científica ha desarrollado aproximaciones conceptuales basadas en criterios del bullying tradicional, se hace preciso considerar los siguientes matices esenciales para comprender el constructo cyberbullying:

a) Intencionalidad y repetición. La intencionalidad de dañar a la víctima y la repetición en el tiempo de las conductas toman un cariz especial en este fenómeno si se tienen en cuenta las peculiaridades en el tipo de relaciones que se mantienen a través de las TIC (Belsey, 2005; Erdur-Baker & Tanrikulu, 2010; Patchin & Hinduja, 2006). En este sentido, la repetición no solo se refiere al propio comportamiento violento, sino también a la publicación de las acciones que perpetra el agresor, que pueden volver a ser vistas o leídas donde los datos aportados indican que un 28% de los espectadores de cyberbullying utilizan en alguna medida la información que reciben acerca de otros compañeros, siendo que el 9% de los que habían recibido un material dañino contra una víctima lo transmitían a otras personas, el 6% lo utilizaban para intimidar a la víctima, y el resto (13%) solo lo usaban para ayudar a la víctima mostrándole lo que le habían hecho. Por este motivo, algunos estudios entrecorren la intencionalidad del agresor incidiendo en la percepción que tienen las víctimas sobre el hecho en sí (Nocentini et al., 2010).

b) Desequilibrio de poder. Tradicionalmente este desequilibrio de fuerzas entre agresor y víctima ha sido interpretado desde la propia debilidad física, social o psicológica de estas últimas (Olweus, 1993). Sin embargo, en el cyberbullying a estas diferencias de poder pueden contribuir el anonimato y el dominio o la competencia técnica (Hoff & Mitchell, 2009; Raskauskas & Stoltz, 2007; Vandebosch & Van Cleemput, 2008), por lo que a las víctimas les resulta más complicado abordar la situación si no tienen pericia con las TIC o no conocen a sus agresores. Así, en el caso del cyberbullying el desequilibrio de poder puede venir generado por el hecho de que el agresor sea más hábil con el uso de las tecnologías y por la indefensión de la víctima ante la agresión (a la que también puede contribuir el anonimato).

c) Anonimato. Se constituye como una particularidad del cyberbullying influyente en el desequilibrio de poderes y en la intencionalidad de hacer daño (Huang & Chou, 2010; Ortega, Calmaestra, & Mora-Merchán, 2008; Raskauskas, 2010; Slonje & Smith, 2008). Aunque algunas investigaciones apuntan a que no se trataría de una característica exclusiva de este fenómeno, lo cierto es que la combinación de ambos (el anonimato y el desequilibrio de poderes) en el cyberbullying resulta particularmente distintiva (Smith et al., 2008) si consideramos las teorías que apuntan al efecto que provoca en las víctimas que se ven indefensas ante tales ataques (Hoff & Mitchell, 2009). Y en efecto, es más difícil responder si no se conoce al agresor, puntualización que algunos estudios han mostrado recogiendo que las víctimas no conocen a sus agresores (Raskauskas, 2010; Smith et al., 2008).

d) Escaso feedback físico y social entre los participantes. Esta característica, señalada por investigadores como Smith y Slonje (2008), emerge no solo del anonimato que las TIC proporcionan sino de la ausencia de contacto físico visual entre agresor y víctima en algunos de los tipos de agresiones que perpetran aquellos escolares que asumen el rol de agresores, lo cual puede generar más conductas disruptivas, desinhibidas e impulsivas (Dehue, Bolman, & Vollenk, 2008), pero también dificulta la capacidad para reconocer las emociones que sus acciones generan en los demás (Sánchez, Ortega, & Menesini, 2012), legitimando la desconexión y perversión moral que desarrollan sobre sus víctimas (Ortega & Mora-Merchán, 1996; 2000; 2008; Ortega, Sánchez, & Menesini, 2002; Sánchez & Ortega-Rivera, 2004).

e) Publicidad. Una de las características descriptivas de las TIC que mayores avances sociales ha reportado ha sido la posibilidad de conectar a personas y de transmitir información. Esta facilidad de intercambio de información se constituye en el cyberbullying como una gran desventaja social porque en muchas ocasiones no es necesario que el agresor repita un acto al ser un canal de comunicación abierto 24 horas en el que la información se disemina rápidamente (Ortega, Calmaestra, & Mora-Merchán, 2008; Patchin & Hinduja, 2006). A pesar de ello, mucha información queda relegada al ámbito privado, de hecho Slonje et al. (2012) encontraron que el 72% de los espectadores cuando recibían algún material decidía no distribuirlo. Sin embargo, cuando se traspasa la barrera de lo privado se puede llegar a alcanzar una audiencia considerable (Calmaestra et al., 2008a; Huang & Chou, 2010; Shariff & Johnny, 2007; Slonje & Smith, 2008).



El origen de las conductas de ciberagresión y de cibervictimización se ha establecido entorno a las diferentes teorías explicativas del bullying tradicional. Unidas a ellas encontramos otras teorías que han encontrado una relación directa con las conductas de cyberbullying.

Este es el caso de la teoría aportada por Lazarus y Folkman (1987), en su modelo transaccional del estrés, donde se describe cómo las estrategias de supervivencia pueden mediar en la relación entre experiencias estresantes, como podría ser el cyberbullying, y el bienestar físico y psicológico de la persona. La consideración de sus objetivos sobre el tipo de afrontamiento centrado en el problema o en las emociones (Lazarus, 1985), la ha posicionado como una de las teorías más utilizadas entre los investigadores para llegar a comprender cómo las víctimas enfrentan las situaciones de acoso focalizando entre la emoción y el tipo de gestión que realizan, y considerando también el impacto en el bienestar psicológico y mental de las mismas.

Así, Bolman, Eppingbroek y Völlink (2012) encontraron en su estudio diferencias significativas asociadas con la depresión, la salud y el tipo de afrontamiento que usan las víctimas. De este modo, aquellas que utilizaban estrategias de afrontamiento centradas en la emoción (enfado o irritación) se asociaban con más problemas físicos y mentales que las que solucionaban sus enfrentamientos centrándose en el conflicto.

Otra de las explicaciones usadas en el cyberbullying para comprender las conductas de los implicados ha sido la teoría del aprendizaje constructivista (Jonassen, 1991, 1994; 1999; Piaget & Inhelder, 1969; Vygotsky, 1978) en la que se incide en los conocimientos y experiencias previas de los estudiantes como base para construir significados en nuevas situaciones y entornos. Sin embargo, esta teoría ha sido más empleada por los investigadores para establecer oportunidades de prevención entorno al cyberbullying (Bhat, 2008; Diamanduros et al., 2008).

Algunos estudios han considerado la Teoría del Comportamiento Planificado de Ajzen y Fishbein (Ajzen y Fishbein, 1980; Ajzen, 1991). Su base teórica está centrada en el comportamiento humano, concretamente en tres factores determinantes de la intencionalidad conductual: actitud, norma subjetiva y percepción de control de conducta, y ha sido clave para ayudar a comprender las claves de las actitudes que generan determinados comportamientos en cyberbullying. De esta manera, Ajzen (1991) argumenta que la valoración positiva de nuestros actos es considerada cuando alcanzamos unos resultados deseables.

Así, hayamos algunos autores como Calvete y colaboradores (2010) y Williams y Guerra (2007) cuyos hallazgos establecen una relación positiva entre los pensamientos de los agresores de cyberbullying y sus conductas. Lo cual, enlaza con los resultados del estudio de Heirman y Walrave (2012) en los que la actitud llega a ser un fuerte predictor de la intención conductual de los agresores de cyberbullying, seguido de la facilidad y de la presión social percibida para perpetrar sus actos.

Además de estas teorías, otros autores han basado sus investigaciones en otras tesis planteadas para descubrir el origen de los comportamientos de cyberbullying. Este es el caso de Mason (2008) quien, basándose en la Teoría de Tresca (1998), alude a tres factores causales que mediarían en la aparición de las conductas de cyberbullying: el efecto de la desinhibición, la transición de la identidad desde el self privado al self social y la falta de interacción con los adultos. Estos factores han sido considerados claves no solo para comprender el fenómeno sino para deslindarlo del bullying tradicional.

Así, los estudios plantean que la comunicación mediada por las nuevas tecnologías es caracterizada por la desinhibición de los sujetos, lo que puede conducir a la generación de conductas de ciberagresión (Willard, 2004). Pero también el hecho de que la información privada pase a la esfera de lo público (del self privado al social) es tomado por los investigadores como una conducta de riesgo (Bryce & Klang, 2009). Del mismo modo, las investigaciones han recogido la influencia de los adultos en la prevención de las conductas online (Hinduja & Patchin, 2013; Wang et al., 2009).

Este hecho sugiere el interrogante de si estaremos ante una nueva forma de bullying (Álvarez, et al, 2011). Según hemos apuntado en el apartado anterior, entendemos que el cyberbullying cuenta con una serie de características que lo hace específico frente al bullying que denominamos presencial:

- Se manifiesta simultáneamente de manera directa e indirecta.
- El tipo de daño causado abarca un amplio espectro de consecuencias.

El agresor puede ocultar su identidad.

- Aumenta la impunidad del agresor y la indefensión de la víctima.

- El número de agresores suele crecer de manera exponencial
- Alta velocidad de difusión.
- Se acentúa el carácter público de la ofensa, lo que se traduce en un aumento de la vulnerabilidad de la víctima.
- En cuanto a los escenarios, los lugares son muy amplios y cambiantes, lo que hace que trascienda al espacio físico del aula o del centro escolar.
- El tiempo medio de duración de la agresión está en función del tiempo en que la víctima esté “conectada”.
- Las formas que puede adoptar excluye la agresión física directa.

Entre los aspectos particulares de este tipo de violencia relacional cabe destacar la sensación de no poder escapar de las agresiones, ya que no hay donde esconderse.

La víctima no se puede “desconectar” de la situación, ya que continuamente está recibiendo mensajes y amenazas. No se circunscribe a un espacio concreto, sino que puede trasladarse allá donde la víctima tenga conexión vía móvil o Internet. Además, ya no sólo es conocido por unos pocos, sino que la audiencia se puede ampliar exponencialmente; de hecho, de un grupo reducido se pasa a la Web.

El cyberbullying es una forma de maltrato constante, favorecido por dos factores: por un lado, la invisibilidad de los acosadores; no hay un “cara a cara”, lo que concede al acosador cierta “invisibilidad”; por otro, la amplitud de escenario, ya que no hay un lugar específico donde se perpetran las agresiones, y por tanto, ningún lugar es seguro para la víctima.

El cyberbullying puede practicarse por distintos medios, de manera que la víctima puede recibir el acoso mediante:

- Mensaje de texto
- Acoso telefónico
- Fotografías-videos
- Correos electrónicos
- Sesiones de chat
- Programas de mensajería instantánea
- Páginas web

Así como el bullying presencial puede adoptar diversas formas, encontramos diferentes tipos de cyberbullying (Willard, 2007), entre los que cabe destacar:

- Hostigamiento: envío y difusión de mensajes ofensivos
- Persecución: envío de mensajes amenazantes
- Denigración: difusión de rumores con intención de desacreditar.
- Violación de intimidad: difusión de secretos o imágenes.
- Exclusión social: exclusión deliberada de grupos en la red.
- Suplantación de identidad: con mensajes maliciosos.

Algunas relaciones entre ambos tipos de acoso se refieren al rol asumido, así es frecuente que tanto acosadores como víctimas del bullying tradicional también lo sean a través de las TIC (Smith, et.al, 2008), aunque hay estudios que sostienen que las víctimas del bullying tradicional pasan a ser cyberacosadores con mayor frecuencia, porque así pueden responder a las agresiones recibidas, con menos riesgo que si lo hicieran cara a cara (Ybarra y Mitchell, 2007). En cuanto a la implicación por sexos, los estudios son contradictorios, y algunos encuentran que los chicos están más implicados como acosadores, mientras que otros no encuentran diferencias (Garaigordobil, 2011).

Las investigaciones de Smith, et. al. (2008) contribuyen a conocer las características del cyberbullying. Una primera aproximación pone de manifiesto que, en cuanto a la edad de los implicados, se observa mayor frecuencia en últimos cursos de primaria y primeros de secundaria. Las diferencias por sexo se encuentran asociadas a las formas más frecuentes

de acoso empleado. Así, las chicas suelen ser más víctimas que los chicos a través de mensajes y correos, pero cuando se trata de agresión mediante fotos o vídeos, no se observan diferencias entre chicos y chicas. Esto podría interpretarse como que las chicas emplean un medio que precisa de texto, y por tanto, la palabra, frente a los chicos que emplean más los medios que llevan imágenes.

Algunos estudios plantean la posible continuidad entre bullying presencial y cyberbullying (Ybarra y Mitchell, 2007), así se sostiene que los sujetos que actúan como agresores del bullying presencial suelen emplear ya las TIC como forma de acoso. Incluso, las víctimas de bullying tradicional tienen más facilidad para ejercer de acosadores mediante cyberbullying, posiblemente por su carácter anónimo. Por tanto, encontramos cierta relación entre los dos tipos de acoso: Los acosadores se mantienen en ambas formas, mientras que, las víctimas del bullying presencial, encuentran facilidad para ejercer de ciberacosadores.

Un dato resulta coincidente entre ambas formas de acoso: la escasa comunicación del problema. Los estudios dicen que entre el 50% y el 30% no lo comunica a nadie.

Para conocer el alcance del cyberbullying, diferentes estudios epidemiológicos elaboran escalas de evaluación específicas. Las más empleadas (Willard, 2007) coinciden en incluir elementos como los siguientes:

- Establecer el medio: móvil-Internet
- El grado o intensidad (veces que es acosado). Siendo significativo cuando alcanza alguno de estos niveles: grado moderado (menos de una agresión por semana); grado severo (más de una agresión por semana)
- Duración: desde hace menos de un mes; desde hace 3-6 meses; desde hace más de 1 año
- Tipo de agresión (como los señalados con anterioridad).

Los instrumentos para la evaluación de cyberbullying suelen ser cuestionarios de autoevaluación en formato de respuesta tipo Likert con entre cinco y seis opciones. Quizá el que hasta ahora ha tenido mayor difusión ha sido el elaborado por Smith et. al. (2006).

Este cuestionario ha sido adaptado a la población española, y utilizado en diferentes estudios, entre ellos se encuentra la "Escala de victimización a través del teléfono móvil y de Internet" (Cava, Musitu y Murgui, 2010). Esta encuesta recoge las categorías o modalidades propuestas por Willard (2007): hostigamiento; persecución; denigración; violación de la intimidad; exclusión social; suplantación de la identidad. Las respuestas se estructuran en escalas tipo Likert con un rango de respuesta 1-4: nunca, pocas veces, muchas veces, siempre. Los ítems se refieren al acoso experimentado durante el último año, percibido mediante el teléfono móvil e Internet. Para valorar la intensidad de la victimización, se proponen seis opciones de respuesta: desde nunca a todos o casi todos los días. Clasifica el nivel de acoso y la duración. La trayectoria investigadora del cyberbullying se ha centrado en conocer la prevalencia del fenómeno en el período de la adolescencia (Buelga et al, 2010; Calmaestra, 2011; Hoff & Mitchell, 2009; Kowalski & Limber, 2008; Ybarra & Mitchell, 2004).

El hecho de que haya un menor número de estudios realizados con escolares de primaria es debido a que los más pequeños tienen un menor acceso a los dispositivos digitales y además se hace necesario haber adquirido competencias en el uso de las TIC.

Aunque el fenómeno es relativamente reciente, son ya varios los estudios que tratan de delimitarlo y permiten conocer su prevalencia y consecuencias (Garaigordobil, 2011). Algunos estudios realizados en España, ya proporcionan datos de interés. Así cabe señalar los siguientes:

a. Maltrato a través de la red y los móviles (AA.VV. 2007). El Informe del Defensor del Pueblo sobre la Violencia Escolar en Estudiantes de Educación Secundaria incluye una evaluación del maltrato a través de las TIC. Señala que, sobre una muestra de 3.000 sujetos, el 5,5% se reconocen como víctimas a través de las nuevas tecnologías. Los agresores dicen emplearlas un 4,8% y los observadores las señalan 22% de las veces. Siendo predominante una frecuencia moderada.

b. El estudio sobre Victimización en Adolescentes a través del Teléfono Móvil y de Internet, realizado por Sofía Buelga, María Jesús Cava y Gonzalo Musitu en 2010. Sobre 2101 estudiantes de ESO, de entre los 11-17 años a través de la "Escala de victimización a través del teléfono móvil y de Internet" (Cava, Musitu y Murgui, 2010) encontraron que el 24,6% han sido acosados por el móvil en el último año y el 29% lo han sido por Internet. Entre los acosados destacan las chicas y alumnos de primeros cursos.

c. El estudio de Ana M. Giménez y Javier J. Maquilón (2010). Con una muestra de 700 alumnos de diferentes niveles educativos: desde primaria a bachiller, utilizando una encuesta de elaboración propia, encontraron que 10,7% había acosado a otra persona, al menos una vez mediante las TIC. Encontraron mayor proporción de acosadores entre los chicos. Entre los motivos que aducían los agresores aseguraban: "Porque me provocan". Los alumnos de quinto de primaria destacaban como acosadores.

d. Estudios del Cyberbullying de Rosario Ortega, Calmaestra, J. y Joaquín Mora-Merchán (2008). Sobre una muestra de 830 escolares de educación secundaria, entre 12-18 años, mediante un cuestionario específico adaptado sobre cyberbullying, (Smith, 2006) en el que se tienen en cuenta dos niveles de gravedad: moderado u ocasional (menos de una vez por semana) y severo (una vez o más por semana), y dos formas de ejercer la violencia: a través del teléfono móvil y por Internet. Encontraron una prevalencia general del 26,6%, siendo de carácter severo en el 3,8% de los encuestados (1,7% agresores; 1,5% víctimas y 0,6 agresores victimizados) y de forma moderada en el 22,8% de los casos (5,7% agresores; 9,3% víctimas y 7,8 agresores victimizados). Encontraron diferencias significativas por sexo, siendo las chicas las más victimizadas en general. La variable edad no resultó significativa.

e. Cyberbullying en Adolescentes, de Esther Calvete, Izaskun Orue, Ana estevez, Lourdes Villardón y Patricia Padilla (2010). Sobre una muestra de 1431 escolares de entre 12 y 17 años, mediante el cuestionario sobre cyberbullying (Smith et al, 2006), encontraron que el 44,1% de los adolescentes respondieron afirmativamente, al menos a uno de los ítems; es decir, al menos una vez a la semana había ejercido algún tipo de violencia a través del móvil o de Internet, siendo la prevalencia mayor entre los chicos (47,8% frente al 40,3%). Las diferencias son especialmente significativas con respecto a las acciones con carácter severo; es decir cuando aumenta la frecuencia de ocurrencia. Siendo los escolares de entre 13 y 15 años los que presentan mayor índice de agresividad.

Estas características han sido claves para describir lo que Ortega, Calmaestra y colaboradores (2009) han ejemplificado como modelo teórico del cyberbullying, basado en una dinámica compleja que sigue manteniendo la estructura básica de agresor, víctima y espectador, pero con unas particularidades propias que lo pueden convertir en un fenómeno privado (en el que el agresor puede elegir o no su anonimato y la relación perversa con la víctima puede ser de larga duración o instantánea) o en una dinámica que puede extenderse hacia la audiencia a través de otros escenarios virtuales o de redes sociales de iguales.

En todos los países se constata una alta prevalencia del cyberbullying (CB). Dejando al margen el debate sobre la gravedad o no de los números, lo real que es que en todos los centros educativos hay personas que sufren por el acoso al que les someten sus iguales, y otros que adquieren conductas antisociales, teniendo para todos los implicados, víctimas y agresores, consecuencias muy negativas, en muchos casos para toda la vida.

Si consideramos la influencia de las dificultades académicas sobre el fenómeno cyberbullying, los estudios mantienen resultados muy similares a los obtenidos en bullying tradicional (Li, Smith, & Cross, 2012; Tokunaga, 2010) evidenciando que los niveles bajos en el rendimiento académico constituyen una consecuencia del bullying, independientemente del contexto en el que se produzcan (Avilés, 2010; Machmutow, Perren, Sticca, & Alsaker, 2012; Tokunaga, 2010).

El bullying y el cyberbullying suponen por su extensión y sus efectos (ansiedad, depresión, estrés, somatizaciones, problemas académicos, suicidio y violencia) un problema que hay que afrontar. Para ello, son necesarias medidas de tipo educativo y de concienciación sobre el fenómeno que impliquen a los centros, los estudiantes y sus familias (Garaigordobil, 2011).

La Comisión Europea, en su Programa Safe Internet para el período 2009-2013, considera el Cyberbullying (CB) como una amenaza relevante para la infancia y la adolescencia tanto por su alto nivel de prevalencia como por la gravedad de sus consecuencias. El cyberbullying (CB) deja a los niños y adolescentes asustados, trastornados y perplejos. La mayoría no suelen saber porqué les están atacando a ellos y se sienten inseguros sobre quién puede ayudarlos a resolver esta situación que les produce tanto miedo y preocupación. Los esfuerzos combinados del centro educativo, la familia y la sociedad son necesarios para prevenir, reducir o eliminar el CB. La prevención y la intervención debe ser un esfuerzo cooperativo entre la escuela, la familia y la sociedad en general.

La intervención en situaciones de maltrato debe implicar 4 niveles: 1) institucional, es decir, todo el centro educativo debe estar implicado; 2) familiar, ya que es fundamental implicar a los padres en el proceso, informando de los resultados de las evaluaciones que se llevan a cabo en el centro, así como solicitando su colaboración y seguimiento cuando se producen incidentes; 3) grupal, es decir, con el grupo aula en su conjunto; y 4) individual, con el agresor, la víctima, y ambos conjuntamente.

Una propuesta de intervención en el bullying y el cyberbullying debe incluir: 1) prevención (actuaciones genéricas dirigidas a mejorar la convivencia, prevenir la conflictividad y evitar la aparición del fenómeno); 2) intervención primaria (cuando se detectan situaciones de maltrato incipientes, para evitar su consolidación, a través de la aplicación de un programa específico con intervenciones individuales y en el grupo de alumnos); y 3) intervención secundaria (cuando se trata de situaciones consolidadas, dirigida a minimizar el impacto sobre los implicados aportando apoyo terapéutico y protección a las víctimas, así como control a los agresores).

Existen en los centros escolares protocolos de actuación para los casos de acoso escolar, así como un plan de prevención de la violencia y promoción de la convivencia escolar. Será importante la formación del profesorado para su detección. Todos los alumnos y alumnas deben participar en programas de intervención preventiva con el objeto de que la prevalencia del bullying en todas sus modalidades sea la menor posible, y los psicólogos educativos son las figuras mejor preparadas para estas tareas. Todos los colegios deberían tener elaborados planes preventivos y de intervención para situaciones de acoso entre iguales, incluidos en el currículo educativo del centro.

## 5. PROGRAMAS DE PREVENCIÓN DE CYBERBULLYING

Como mencionábamos antes es importante que los docentes sean conscientes del problema que existe hoy en día en las aulas y que manejen la situación para la enseñanza del alumnado no solo en concienciar del problema del bullying sino en las herramientas de comunicación empleadas hoy en día. En la nueva orientación de desarrollo curricular articulada por competencias básicas, la competencia para la autonomía personal, la capacidad de aprender a aprender y la construcción de una mentalidad ciudadana y cosmopolita encuentra en el dominio operativo y saludable de las TIC su aliado básico (Ortega, Del Rey & Sánchez, 2011). Por otro lado, la necesidad de intervenir y ayudar a toda la comunidad educativa es una exigencia de los nuevos modelos psicosociales basados en la evidencia científica (Del Rey & Ortega, 2011).

Las aulas deben de convertirse en sitios de aprendizaje en las cuales la interacción de los protagonistas sea analizada en lo que tienen de mutuo apoyo al servicio de las tareas educativas. Los centros escolares son contextos de convivencia y desarrollo en los que los jóvenes deben tener un papel protagonista como aprendices y, en el caso de las metas de competencia digital, con frecuencia pueden ir por delante de sus propios adultos responsables. Esto puede producir una fractura en el esquema de enseñanza-aprendizaje ante la que hay que estar preparados para solventar.

Los adolescentes y jóvenes, considerados nativos digitales (Prensky, 2001), pueden ser más rápidos y eficaces en el manejo de los dispositivos digitales, pero necesitan soporte y control en los procesos psicosociales que se activan en la socialización que se despliega a través de la actividad digital. Es necesario aminorar la brecha generacional mencionada para que sean los adultos relevantes, profesorado y familias, quienes eduquen a los menores en esta nueva faceta de la vida que es Internet.

En este ámbito ha sucedido como en muchas ocasiones acontece en educación. La necesidad de intervenir en esta materia ha surgido antes de que la comunidad científica y, en especial, las autoridades públicas dispusieran de claves fundamentales para establecer las líneas de acción. Así, existen algunas buenas prácticas en España para contribuir a este objetivo (Luengo Latorre, 2011; Del Rey & al., 2010; Mercadal, 2009, entre otros), pero no se dispone hasta el momento de unas prácticas empíricamente contrastadas, o programas basados en la evidencia (Navarro, Giribet & Aguinaga, 1999; Sackett, Richardson, Rosenberg & Haynes, 1997).

Es decir, es necesario que cuando se decida una forma de intervenir en la escuela, ésta esté avalada por la evidencia científica (Davies, 1999; Granero, Doménech, Bonillo & Ezpeleta, 2001; Hunsley & Johnston, 2000; Lindqvist & Skipworth, 2000; Stoiber & Kratochwill, 2001). Por ello, es preciso que a través de la investigación científica se contraste si un determinado programa o forma de proceder es efectivo, analizando la existencia de cambios sustantivos al desarrollar el programa frente al hecho de no desarrollarlo.

Por este motivo, la prevención del bullying para la mejora del rendimiento académico se constituye de vital importancia. Así lo demostraron Luiselli, Putnam, Handler, y Feinberg (2005) en su estudio sobre violencia escolar y logros académicos, desde un enfoque preventivo. En él demostraron que los programas focalizados en la prevención y la reducción de conductas bullying o antisistémicas generaban una mejora considerable del rendimiento académico de los implicados en las redes sociales".

El programa de intervención para el buen uso de Internet y las redes sociales denominado: ConRed, «Conocer, construir y convivir en Internet y las redes sociales, que aquí se presenta, se ha contextualizado dentro de las prácticas basadas en la evidencia «Evidence Based Practice» (EPB), teniendo en cuenta los testimonios científicos señalados en diferentes investigaciones que describen programas exitosos en su objetivo de educar o modificar la conducta en el mal uso de instrumentos o de acciones (Borsari & Carey, 2003; Haines & Spear, 1996; Wechsler & Kuo 2000).

#### **METODOLOGIA:**

Nuestro trabajo de investigación se ha basado en un estudio descriptivo basada en la revisión del ciberbullying como fenómeno criminológico cada vez mas evidente entre los jóvenes de nuestra sociedad como es el ciberbullying y que ha puesto en alerta a autoridades judiciales y policiales debido al incremento de casos evidentes. Los métodos educativos aplicados hoy en día en las aulas requieren de revisión ya que este fenómeno es relativamente nuevo para los docentes y para los padres. También se han recogido artículos, reportajes periodísticos reconocidos y uso de la web para recopilar información precisa de este fenómeno .

#### **CONCLUSIONES**

Tras realizar nuestro trabajo de investigación podemos concluir diciendo que evidentemente nuestro trabajo apoya los estudios de investigación previos que afirmaban que el bullying es un fenómeno evidente que se encuentra en nuestra sociedad y que está bien instaurado en las aulas de los colegios en general.

Los resultados han determinado que la mayor frecuencia de casos de bullying se encuentra en adolescentes con edad comprendida en 13 años. La mayoría de los niños han manifestado en algún momento o bien haber sido víctimas d algún caso de maltrato o bien haber vivido o presenciado algún caso de maltrato escolar en el entorno donde estudia. Ello evidencia la existencia de un problema social que debe de ser erradicado y tratado y cuya base se sustenta fundamentalmente en el uso y manejo de las TIC. El uso indebido de estas herramientas acompañado de la agresividad de ciertos adolescentes es la máxima base del fenómeno del bullying .Ello acompañado de la existencia de redes sociales donde se promulga el fenómeno y donde es muy difícil controlar la información, culmina en un nuevo tipo de maltrato orientado a los adolescentes fundamentales.

La existencia de este fenómeno debe de ser bien conocido por los profesionales de la educación los cuales deben de ser conscientes de los principales factores que determinan la aparición de dicho fenómeno e intentar combatirlo concienciando a los alumnos de que las TIC deben de ser correctamente usadas y que se debe de respetar la integridad moral y física de todos los alumnos.



## Bibliografía

1. WHO (2002). Violence and Health World Report. Zurich. W.H.O.
2. Rutter, M. Giller, H. y Hagell, A. (2002).- La conducta antisocial de los jóvenes. Madrid. Cambridge.
3. Wermeiren, R. (2003). Psychopathology and delinquency in adolescents: a descriptive and developmental perspective. Clinical Psychological Review. 23. 277-318.
4. Scandroglio, B. et al. (2002). Violencia grupal juvenil: una revisión crítica. Psicothema. (14):6-15.
5. Pfeiffer, C. (2004). Violencia juvenil: concepto, tipos e incidencia. VIII
6. Raine, A. (1993). The psychopathology of crime. Academic Press. New York.
7. García Ramírez Sergio "Delincuencia Organizada" Editorial Porrúa, España. 2002
8. Herrero Herrero, C.: "Criminología (parte general y especial)", Dykinson, Madrid, 1997
9. ORELLANA, WIARCO. Octavio A. "Manual de criminología", España, Editorial Porrúa. 5ª. 1993 Pág. 320. Porrúa. 5ª. 1993 Pág. 320
10. VILLORO, TORANZO. Miguel. "Introducción al Estudio del Derecho" España, Editorial: Porrúa, 2002.
11. VELA, TREVIÑO. Sergio. "Culpabilidad e inculpabilidad" Editorial: Trillas, España
12. [www.juridicas.unam.mx](http://www.juridicas.unam.mx)
13. [www.infojuridicas.com](http://www.infojuridicas.com)
14. [www.monografias.com](http://www.monografias.com)
15. [www.monografiass.com](http://www.monografiass.com)